

1 Reg do 40 2 ————— folio 10  
Junio 30/72

UNA VÍCTIMA DE LA INTERNACIONAL,

JUGUETE CÓMICO EN VERSO,

ORIGINAL DE

**D. FRANCISCO F. VILLEGAS,**

ESCRITO ESPRESAMENTE PARA EL DISTINGUIDO ACTOR CÓMICO

**DON FELIPE CARSI.**

Representado por primera vez en Salamanca, en el Teatro del Liceo,  
el 4 de Mayo de 1872.



SALAMANCA:  
IMPRESA DE OLIVA Y HERMÁNO, RUA, 23.  
1872.



47-6449

EE-6

# UNA VÍCTIMA DE LA INTERNACIONAL,

JUGUETE CÓMICO EN VERSO,

ORIGINAL DE

**D. FRANCISCO F. VILLEGAS,**

ESCRITO ESPRESAMENTE PARA EL DISTINGUIDO ACTOR CÓMICO

**DON FELIPE CARSÍ.**

Representado por primera vez en Salamanca, en el Teatro del Liceo,  
el 4 de Mayo de 1872.



SALAMANCA:

IMPRESA DE OLIVA Y HERMANO, RUA, 25.

1872.



ACTO ÚNICO  
OBRAS DEL MISMO AUTOR.

---

**EL ENVIDIOSO**, Comedia en un acto.

**UN MOMENTO DE LOCURA!**, Juguete cómico en un acto.

**UNA VÍCTIMA DE LA INTERNACIONAL**, Juguete cómico en un acto.

*La propiedad de este juguete cómico pertenece á su autor.*

Los SS. GULLON É HIDALGO y sus corresponsales y agentes son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos.



## ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada: puerta en el foro: otra en el lado izquierdo; y en la derecha un velador con periódicos.

### ESCENA PRIMERA.

D. PATRICIO, sentado junto al velador, leyendo; ADELA, en el otro extremo, cosiendo; y LEON á su lado en pié.

LEON. ¿Ni una esperanza siquiera?

ADELA. No señor; ¡hay tal porfía!

LEON. Destruye usted mi alegría  
¡ay! es usted una fiera!

ADELA. Gracias por tanto favor.

LEON. ¡Y me veo despreciado,  
y lo que es más desahuciado,  
abrasándome de amor!

Pero por Dios, Adelita,  
no destroce usted mi alma....

esa sonrisa mi calma  
destruye, el juicio me quita.

Eso es burlarse de mí,  
y la burla, la irrisión  
no la tolera Leon.

¿Lo oye usted? ¿lo oye usted?

ADELA.

Sí:

por mi mal oyendo estoy,  
hace tiempo con paciencia,  
tanta y tanta impertinencia,

que por no oír más, me voy.

(Se levanta y hace ademán de marcharse.)

LEON.

(Deteniéndola) ¡Por Dios, ángel hechicero,  
por Dios, mi cándida estrella,  
no sea á la par que bella  
cruél! Mi amor verdadero,  
que esos ojos inspiraron  
tan inmenso é insondable,  
tal vez haga que yo hable  
disparates; si faltaron  
á su respeto, perdon  
le demanda quien la adora;  
no me niegue usted traidora  
una grata absolución.

(Con fatuidad)

En brazos de la fortuna,  
desde que nací llevado,  
todo á mí se ha doblgado,  
y hasta ya me era importuna  
la facilidad estraña  
con que enamorar sabía  
á Juana, á Petra, á Lucía,  
á Trinidad...

D. PATRICIO.

(Leyendo) En España,  
con asombro general  
de la gente que la manda,  
trabajos de prapaganda  
hace «La Internacional.»

ADELA.

No sea usted impertinente,  
y pues tantas niñas bellas  
sufren por usted querellas,  
déjeme á mí.



D. PATRICIO.

(Leyendo) Lo existente  
sufre y gime bajo el peso  
del abuso general;  
solo «La Internacional»  
puede arreglar tanto esceso.

LEON.

¿Por qué destruir tan pronto  
mi ilusion rica y potente,  
por qué este dolor ardiente,  
por qué?

ADELA.

Porque es usted tonto.

D. PATRICIO.

(Leyendo) Y demostró el orador  
con gran elegancia y juicio,  
que el trabajar es un vicio  
de los de marca mayor;  
que se opone al bien social,  
porque el que trabaja adquiere,  
y el que algo tiene, no quiere  
ser de La Internacional.

LEON.

¿Eso me dices ingrata?  
Pues que desechas mi amor  
y mi juventud en flor  
tanto desprecio la mata;  
pues que mis suspiros son  
tu pena más inhumana,  
¡ay! para Cuba mañana  
saldrá este fiero Leon.

ADELA.

Me place.

LEON.

Como quizás  
haga por mi ruego Dios  
que varíe usted, á las dos  
volveré.

ADELA.

Estará de más.

ESCENA II.

D. PATRICIO.—LEON.

LEON.

¡Que estará de más ha dicho,  
que estará de más, ¡ingrata!

D. PATRICIO.

Pues señor, me afirmo en ello,  
esta doctrina es muy sana.

LEON.

(Acercándose con rapidez y esplosion)  
Señor D. Patricio....

D. PATRICIO.

Qué  
hombre, qué es lo que le pasa?

LEON.

Qué pasa? el dolor que estiende  
sobre mí sus negras alas.

D. PATRICIO.

Que estiende las alas? bueno;  
es que sin duda se marcha.

LEON.

Usted no comprende todo  
el horror de mi desgracia.

D. PATRICIO.

Como usted no me lo diga....

LEON.

Que Adelita no me ama.

D. PATRICIO.

No es estraño.

LEON.

¿Nó... por qué?

D. PATRICIO.

Porque tiene usted una cara,  
yó, no quisiera ofenderle,  
peró que de valde, es cara;  
mas no debe impacientarse,  
que usted es rico, á Dios gracias,  
como que su madre es dueña  
en Madrid de veinte casas,  
que de todas la que menos  
produce es esta, y con maña

sabr  buscarle una novia  
elegante, rica y guapa;  
porque segun tengo oido  
la tal señora es muy s bia.

LEON.

 Usted la conocer ?

D. PATRICIO.

No me cabe honra tan grata;  
pero me ha dado noticias  
de sus bellas circunstancias  
(el que le debo tres años  
y todavía me aguanta)  
su apoderado D. Lope  
cuando viene á la cobranza.

Así qué, usted, Leoncito,  
debe tener mas cachaza.

Si mi niña no le quiere,

 qu  remedio! hay mil muchachas  
que con el alma y la vida  
rendirán   usted sus gracias.

En el día, amigo mío,  
el dinero es una ganga,  
tras la que corren ansiosas  
las mujeres.

LEON.

No es exacta

esa regla, porque Adela...

D. PATRICIO.

Es la excepción necesaria  
para que la regla exista.

LEON.

Pues  ay! la excepción me abrasa  
y por eso D. Patricio  
me voy   Cuba mañana.

D. PATRICIO.

Buen viaje.

LEON.

 Y no se asusta,  
no se estremece y espanta?

- ¿Sabe usted por qué me voy?  
D. PATRICIO. Porque le dá á usted la gana.  
LEON. Voy... porque allí está la muerte  
y la muerte me hace falta.
- D. PATRICIO. Pues mire usted es un capricho  
que me huele á extravagancia.
- LEON. ¡Para que quiero la vida?...
- D. PATRICIO. Es un hecho, para nada.  
Siendo una cosa tan nimia,  
tan indiferente y vaga,  
al contratiempo mas chico  
se tira por la ventana.  
(Este pollo, no está sano.)
- LEON. Señor D. Patricio, gracias;  
usted acaba de darme  
lo que á mi valor faltaba.  
Réstame, aunque muy pequeña,  
una postrer esperanza;  
mas si tambien la destruye  
con obstinacion la ingrata,  
mi resolucion es firme,  
si señor, y siento plaza.
- D. PATRICIO. Hará usted bien.
- LEON. ¿Con que aprueba  
mi determinacion?
- D. PATRICIO. Vaya.  
(Con tal de que en paz me deje  
de su importuna matraca.)
- LEON. Pues iré á Cuba, y allí  
en descomunal batalla  
moriré como un valiente,  
y mi sangre, destilada

gota á gota, sobre Adela  
caerá, quitando á su alma  
la dulcísima ventura  
en que se arroba y encanta:  
y en las noches, cuando todo  
quede en la tranquila calma  
que al espíritu engrandece,  
y su mente á buscar vaya  
esos mágicos ensueños  
de brillantez sobrehumana  
que la inocencia posee,  
hallará solo un fantasma,  
por la sangre enrojecido,  
que le gritará: «inhumana,  
yo soy aquel Leoncito  
que tanto y tanto te amaba.»  
A Dios.

D. PATRICIO.

Oiga usted.

LEON.

A Dios:

no oigo nada, nada, nada.

(Al salir Leon tropieza con D.<sup>a</sup> Sinforosa.)

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

¡Ay mi mantilla de encage!

### ESCENA III.

D. PATRICIO.—D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

¿Aun estás aquí, Patricio?  
¡Vamos eres mi cilicio!

D. PATRICIO.

Ya empezamos.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

De corage,

no sé como no reviento.

- D. PATRICIO. Por privarme de descanso.
- D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Marido, tu eres un ganso.
- D. PATRICIO. Algo mas, soy un jumento  
porque sufro...
- D.<sup>a</sup> SINFOROSA. La una ha dad
- D. PATRICIO. Y bien.
- D.<sup>a</sup> SINFOROSA. ¡Qué serenidad!  
¿Y la oficina?
- D. PATRICIO. Es verdad,  
pues se me había olvidado.
- D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Qué dira Don Timoteo,  
qué dirá...
- D. PATRICIO. Que ha de decir,  
que....
- D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Si te va á despedir.
- D. PATRICIO. Despedirme? no lo creo.
- D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Ya sabes que el otro dia  
dijo, que estás distraido,  
que vas tarde, que ha tenido  
que arreglar la algarabía  
que armaste á un corresponsal...
- D. PATRICIO. ¡Ay! que me traigan el óleo!
- D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Porque pusiste petróleo  
para «La Internacional.»
- D. PATRICIO. Qué memoria tienes.
- D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Si,  
y las verdades amargan.
- D. PATRICIO. Y esposas como tú cargan  
al mismo Job.
- D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Pues aquí
- D. PATRICIO. ya estas de más.
- D. PATRICIO. ¿Qué, qué?

- D.ª SINFOROSA. Nada:  
á cumplir con tu deber.
- D. PATRICIO. No te incomodes mujer.
- D.ª SINFOROSA. ¡Me tienes más abrasada!  
Vete.
- D. PATRICIO. Calma, Sinforosa.
- D.ª SINFOROSA. Si no te vas....
- D. PATRICIO. Ya me voy.
- D.ª SINFOROSA. Nos oirán los sordos hoy.
- D. PATRICIO. Que dulcísima es mi esposa
- D.ª SINFOROSA. Dulce ó no dulce, cumplir  
sé siempre mi obligacion,  
en tanto que tú...
- D. PATRICIO. Chiton,  
y basta ya de reñir.
- D.ª SINFOROSA. ¿Aun querrás avasallarme?  
no soy ninguna fregona,  
soy Sinforosa Perona.
- D. PATRICIO. ¡Tu quieres asesinarme!  
¿Quién te dice que no seas  
Perona de arriba abajo,  
ni quien nombró el estropajo?
- D.ª SINFOROSA. ¡Ola, tambien me jaleas!  
¿A mi con bromas, Patricio?  
Tú no me conoces.
- D. PATRICIO. ¡Báh!  
hace treinta años ya  
que juntos...
- D.ª SINFOROSA. ¡Ay! qué suplicio!  
¿pero no te vas?
- D. PATRICIO. Si, si,  
¿me quieres dar el baston?

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. ¡Ay, si fuera un escorpion!  
¡qué desgraciada nací!

D. PATRICIO. Hasta luego, vida mia:  
que se te pase el enfado.

D. PATRICIO. Insolente, mal criado.

ESCENA IV.

DOÑA SINFOROSA.—ADELA.

ADELA. ¿Qué es esto? ¡qué gritaría!

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Grito lo que se me antoja:  
¿Lo oye usted?

ADELA. Pero, mamá,  
¿qué motivo he dado yo...?

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. ¿Me quieres dejar en paz?

ADELA. Si señora; más no entiendo...

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Ni te hace falta.

ADELA. Es verdad.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. No me repliques, Adela.

ADELA. Si no replico, mamá.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Pues mira que estoy ahora...  
¿Acabaste el delantal?

ADELA. No señora.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Pues qué has hecho?

ADELA. Primero, leer á papá  
los periódicos.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. ¡Me gusta!

Ya, si es preciso, podrás  
echar tu cuartito á espadas  
en política, y aún dar  
soluciones y consejos



al más pintado. ¿Es verdad?  
que eso es mejor que coser,  
que barrer y que limpiar.  
Y, despues que has hecho, niña,  
hasta la una?

ADELA.

Mamá...

vino Leoncito y...

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

¿Qué?

ADELA.

Y nos pusimos á hablar.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

Y tú padre, dónde estaba?

ADELA

Ahí leyendo.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

¡Cabal!

¡linda mañana! ¡soberbio!  
mira, te voy á matar,  
¡pues me gusta la frescura!  
Paciencia no tengo ya.  
¿Qué te ha dicho Leoncito?  
Tonterías.

ADELA.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

¿Si?

ADELA.

¡Mamá!

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

Te habrá dicho.—Vida mia,  
querubin, ángel, beldad,  
yo la adoro á usted mi estrella.

ADELA.

Me va usted á sofocar.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

¿A sofocarte? ¿de veras?

Lo que voy á hacer es á...

Apártate de mi vista;  
pero no, no, ven acá.

Si por tu desgracia, Adela,  
llego otra vez averiguar  
que ese pollo insulso te habla  
cuando yo no esté, verás

lo que te pasa. ¡Es muy lindo  
á una niña enamorar  
cuando la mamá está ausente  
y se encuentra su papá  
en la Commune. Mas no tiene  
el pollo la culpa, ¿estás?  
la tienes tú, si señora,  
tú la tienes.

ADELA.

¿Yó?

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

Cabal,

si no le dieras oídos...

ADELA.

Pues desahuciado está ya.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

No te creo.

ADELA.

Si le he dicho  
que es un fastidioso.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

Cáa.

Si por tener novio sois  
capaces de reventar.

ADELA.

La que no le tenga bueno,  
pero yo...

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

¿Luego es verdad  
que si viene...?

ADELA.

Si no es él.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

¿Pues quién es?

ADELA.

El oficial  
que estuvo alojado en casa.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

¡Ah! bribonaza, ahí está  
por qué con tanta afición  
en lugar de trabajar  
los periódicos buscabas.

ADELA.

Como que está en Cuba.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

¡Yá!

pues hoy mueren tus amores.  
Ahora mismo á escribir vas,  
que los tenientes te aburren.

ADELA.

Pero si ya es capitán.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

¡Ah! Capitán?

ADELA.

Si señora.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

Pues entonces á esperar;  
serle fiel, serle constante,  
su pasión alimentar,  
que no se encuentra, Adelita,  
cada instante un capitán.

(Suena la campanilla estrepitosamente)

Pero llaman: ¿Qué imprudente  
con esa prisa vendrá?

### ESCENA V.

LOS MISMOS.—D. PATRICIO (que entra apresuradamente  
y descompuesto.)

D. PATRICIO.

¡Reniego de mi fortuna!

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

Pero qué te pasa?

D. PATRICIO.

Huye.

ADELA.

Papá mio.

D. PATRICIO.

Dejame,

(Amenazando con el bastón)

la que se acerque sucumbe.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

¿Te has vuelto loco, Patricio?

D. PATRICIO.

Ojalá!

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

¿Pues qué te ocurre?

D. PATRICIO.

Después de tantos afanes  
¡oh! mundo de ingratitudes!  
La sociedad por su base

ella misma se destruye;  
pero nosotros, nosotros,  
con firmeza indisoluble,  
despues de la gran catástrofe,

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

Veo que no acabas hoy  
de disparatar.

D. PATRICIO.

No dudes,  
que se acerca el fin terrible.

ADELA.

¡Ay! papá, no nos asustes.

D. PATRICIO.

Ya la tierra se estremece,  
ya el sol sus brillos encubre,  
ya el violento huracán  
con ímpetu fiero ruje.

Ya las ideas se encrespan:  
el hombre el miedo sacude  
que sujeto le ha tenido  
en amarga servidumbre.

Y luego... luego... no ves?  
una nueva aurora luce:  
qué tibias las brisas son;  
qué suave armonía, dulce  
como el trinar de las aves  
que á fresca enramada acuden.  
Y es, que la idea ha triunfado,  
ha triunfado, no lo dudes:  
trás la tempestad la calma.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA

Como no tiene costumbre,  
se ha puesto como una cuba.  
Corre, Adela, y á la lumbre  
pon agua y hazle café.

D. PATRICIO.

Mis ideás, se confunden.

ESCENA VI.

D. PATRICIO.—D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Y no lo extraño, Patricio,  
te habrás escedido mucho.

D. PATRICIO. Esto más ¡Cielos! escucho  
para fin de mi suplicio.  
Figúrate que llegué,  
estaba sério, muy sério,  
mas yo con mi buen criterio,  
conociéndole, no hablé.  
Tomo asiento, abro el pupitre,  
saco un libro, y á escribir;  
mas me vino á interrumpir  
diciéndome:—So velitre,  
usted se quiere muy mal:  
no me sirven utopistas,  
ni menos propagandistas  
de... de «La Internacional.»  
Yo, si pago á un dependiente  
es para que sirva bien;  
¿quién le ha metido á usted, quién  
en ese lío? Imprudente  
ha abusado usted de mí,  
y que abuse más no quiero;  
y alargándome el sombrero,  
añadió:—fuera de aquí.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Con que al fin te ha despedido.

D. PATRICIO. Si hija, como á un criado.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Ya te lo habia anunciado  
y tú jamás me has creído.

D. PATRICIO.

Egoísmo criminal,  
¿no veía ese jumento  
que todo mi pensamiento  
lo absorbía el bien social.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

Y qué le importaba á él:  
la obligación es primero.  
Tú al recibir su dinero...

D. PATRICIO.

Calla. ¡Oh! sarcasmo cruel.  
Con que es decir, que entregado  
á una existencia guarismo,  
era mi mente un abismo  
sin ideas? ¿Que encerrado  
detrás de un libro de Caja,  
tan solo debía ver  
aquí el debe, allí el haber?  
¡Oh, primero la mortaja!  
Si el que paga, no comprende  
en su afanar avariento  
que el hermoso pensamiento  
el que sirve no le vende,  
se lo haremos comprender  
los hombres de mi calibre.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

Si señor, ya estás muy libre,  
ya nada tienes que hacer,  
ya realizaste tu afan,  
y al mundo dices contento;  
—no se vende el pensamiento—  
¿mas con qué compras el pan?

D. PATRICIO.

Materialidad inmunda  
ante tu ley me pronuncio:  
si señor, no comeré,  
pero al menos pensaré:

- desde hoy á comer renuncio.
- D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Dime, Patricio, no sabes  
que con eso no se alcanza . . .  
y que por fin de la panza  
dicen que sale...
- D. PATRICIO. No acabes:  
con adagio tan vulgar  
me has convencido. ¡Ilusiones . . .!
- D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Déjate ya de sermones,  
y á ver como remediar  
podemos...
- D. PATRICIO. Es desalino:  
no te canses, mi destino  
es Sinforosa rabiar.
- D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Que rabies tú es lo de ménos;  
pero dime ¿y yó y mi hija?
- D. PATRICIO. Tienes razon .. que se aflija  
y aflijete tú; ¿qué haremos?
- D.<sup>a</sup> SINFOROSA. El medio es muy bueno.
- D. PATRICIO. ¿Y qué?  
hallas otro mejor tú?
- D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Que te lleve Belcebú.

### ESCENA VII.

LOS MISMOS.—ADELA (con una taza de café.)

- ADELA. Aquí tiene usted el café.
- D. PATRICIO. ¿Qué café, ni qué diablura?  
Sin duda has perdido el juicio
- D.<sup>a</sup> SINFOROSA. No la haga caso, Patricio.
- D. PATRICIO. ¿He comido por ventura?

ADELA. Ande usted, beba usted un poco,  
le sentará la cabeza.

D. PATRICIO. Pues me gusta la agudeza;  
¿estoy por acaso loco?

ADELA. No señor, pero ande usted:  
está muy rico, muy rico.

D. PATRICIO. Mira Adela, cierra el pico,  
porque si nó... lárgate.

ADELA. ¡Ay! mamá, no se le pasa.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. (A Adela) Quita, torpe.

ADELA. (A D.<sup>a</sup> Sinforosa) ¿Qué ha ocurrido?

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. (A Adela) Que estás en Belen.

ADELA. (Torcido  
anda el rumbo de mi casa )

ESCENA VIII.

LOS MISMOS.—D.<sup>a</sup> GUMERSINDA.

D.<sup>a</sup> GUMERSINDA. Buenos dias ¿D. Patricio...?  
¡ah! ya le veo. (Va hácia á él, le coge del brazo y  
le habla al oído)

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. ¡Me gusta!  
¡La serenidad alabo!  
cómo le asedia y le abruma,  
y él se pone colorado,  
y ahora amarillo, y se turba,  
y me mira de reojo,  
y tiembla y las manos junta,  
y se arrima mas á ella.

D.<sup>a</sup> GUMERSINDA. Responda usted á mi pregunta:

D. PATRICIO. Señora por Dios... Señora,



no sea usted importuna:  
si mi mujer se apercibe  
del exceso de mi culpa,  
se va á armar un dos de Mayo.

D.<sup>a</sup> GUMERSINDA. Nada, nada, sin escusa,  
sin dilacion, sin demora,  
porque esloy hecha una furia.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Yo no puedo sufrir mas.  
Oiga usted Doña...

D.<sup>a</sup> GUMERSINDA. (Sin hacer caso á D.<sup>a</sup> Sinforosa) Ninguna  
razon escucho. ¿Protestas?

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Pero soy yo de la inclusa  
por acaso...

D.<sup>a</sup> GUMERSINDA. (A D.<sup>a</sup> Sinforosa con imperio)  
Calle usted.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Que yo calle? ¡pues me gusta!  
No quiero callar, no callo.

D.<sup>a</sup> GUMERSINDA. (A D.<sup>a</sup> Sinforosa)  
Juzga usted que así me asusta?  
pues se equivoca usted mucho.  
Don Patricio, mi pregunta  
necesita una respuesta.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. ¿Y quién es usted...?

D.<sup>a</sup> GUMERSIEDA. (A D. Patricio) ¿Rehusa  
contestar?

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Señora mia,  
usted de mi calma abusa,  
y soy muger de (Amenazándola)

ADELA. (Interponiéndose) Mamá.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Déjame.

D. PATRICIO. ¡Qué baraunda!

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Poquito á poco y sepamos

con qué derecho pregunta.  
D.<sup>a</sup> GUMERSINDA. (Señalando á D. Patricio.)  
Por que es un pérfido infame  
que de la inocencia abusa.  
D.<sup>a</sup> SINFOROSA. ¿Esas tenemos, Patricio?  
D. PATRICIO. Usted señora, me insulta.  
D.<sup>a</sup> GUMERSINDA. Yo no insulto; no señor,  
me asiste razon muy justa.  
¿Y el hijo de mis entrañas?  
D.<sup>a</sup> SINFOROSA. ¡Un hijo!  
D. PATRICIO. Por Santa Úrsula,  
esplíquese usted.  
D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Marido,  
tanta iniquidad me asusta.  
D.<sup>a</sup> GUMERSINDA. Si señora, es un infame;  
seduce, exalta, deslumbra.  
D.<sup>a</sup> SINFOROSA. A sus años ¡oh! perfidia!  
vas á morir á mis uñas.  
(Va á avalanzarse)  
ADELA. (Interponiéndose) ¡Pero mamá de mi vida!  
D. PATRICIO. Basta ya: no me interrumpan,  
porque con este desórden  
no terminaremos nunca.  
D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Quién es usted?  
D.<sup>a</sup> GUMERSINDA. Quién soy yo?  
una mamá, sin ventura  
¡ay! por ese hombre cruel.  
D. PATRICIO. Que no te quedases muda.  
D.<sup>a</sup> GUMERSINDA. Pues si, mi querido hijo...  
D. PATRICIO. ¿Volvemos á la disputa?  
D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Siga usted eso del hijo,  
que me interesa.

D.<sup>a</sup> GUMERSINDA.

Presuma  
que es un completo buen mozo,  
una arrogante figura,  
veintidos años cumplidos...

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

¡Ay, la rabia me sofoca,  
voy á dar un estallido,  
¿y usted se atreve...?

D.<sup>a</sup> GUMERSINDA.

Iracunda  
á demandar á su esposo  
el por qué de su conducta.

(Dirigiéndose á Adela)

Y usted, niña aderezada,  
dígame, por qué no gusta  
de él?

ADELA.

Y diga usted, quién es él?

D.<sup>a</sup> GUMERSINDA.

Él es el jóven gallardo  
que aquí...

ADELA.

¡Jah! ¡jah!

D.<sup>a</sup> GUMERSINDA.

Qué ¿se burla?

ADELA.

Si es Leoncito, mamá.

D. PATRICIO.

(Llevándose á D.<sup>a</sup> Sinforosa al otro lado del escenario y  
señalando á D.<sup>a</sup> Gumersinda)

Y ella, esposa pudibunda,  
es la leona.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

¿Qué dices?

D. PATRICIO.

Que es la casera iracunda  
que me ha dicho:—ó tu me pagas,  
ó antes que el dia concluya  
te plantaré en el arroyo.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

¿Y eso es posible?

D. PATRICIO.

Y lo duda,  
cuándo la debo tres años.



para evitar que el mocito  
con esa maldita fuga  
nos dé el disgusto del siglo?

D.<sup>a</sup> GUMERSINDA. Sí que aprobaré.

D. PATRICIO. Aleluya.

D.<sup>a</sup> GUMERSINDA. Ya sabe usted que le espera  
ó el desahucio ó la fortuna.

### ESCENA IX.

D. PATRICIO.—D.<sup>a</sup> SINFOROSA.—ADELA.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. ¿Ves á lo que nos espones  
con tu constante manía?

D. PATRICIO. De hacerme reconvenções  
hasta por hoy, hija mia.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Qué ha de bastar.

D. PATRICIO. Déjame.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Qué has hecho, di, del dinero?

D. PATRICIO. Del dinero? lo gasté.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. ¿En meriendas!

D. PATRICIO. Nó.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Embustero:

ó con alguna...

D. PATRICIO. Otra riña.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Dame paciencia, señor.

D. PATRICIO. Que lo está oyendo la niña.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA. Y á mí que lo oiga, mejor.

Así sabrá que su padre  
es un vicioso que amengua  
los medios.

D. PATRICIO. Y que su madre

tiene mucha, mucha lengua.  
Si, que he gastado, leal  
lo confieso.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

Qué insolente.

D. PATRICIO.

Pero á «La Internacional»  
he llevado mucha gente.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

¡El alquiler de tres años  
cómo poderemos pagar!  
en la calle...

D. PATRICIO.

A los amaños,  
Sinforosa, hay que apelar.  
No te turbes, ni sofoques;  
tocando con discrecion  
ciertos registros... hay toques,  
que valen medio millon.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

Loco estás.

D. PATRICIO.

No por la fé  
de un Internacionalista:  
—Ven y te convenceré  
de que soy propagandista.—

## ESCENA X.

ADELA.

¡Qué placer de disputar!  
y así pasan todo el dia;  
yo no tendré esa manía  
cuando me llegue á casar.  
¡Qué disparate! rabiar  
por mañana, tarde y noche  
y ese continuo reproche

á todo... la esposa debe,  
ya que el diablo se la lleve,  
que sea alegre y en coche.  
Yo disputar ;San Antonio!  
siempre, siempre muy contenta;  
presumo que es mala cuenta  
en lances de matrimonio  
darle placer al demonio  
con malas caras y gritos...  
Pues son los hombres bonitos  
para adelantar así;  
aunque tengo para mí  
que no han de ser tan malditos.  
Porque sea como quiera,  
la verdad es que se casan,  
y casados ya, ellos pasan  
de esta ó la otra manera.  
Con ser una zalamera,  
saber llorar y sufrir,  
ó bien saberla fingir,  
alguna afeccion nerviosa,  
se crea la hábil esposa  
un brillante porvenir.

ESCENA XI.

ADELA.—LEON.

LEON.

Mi Adela...

ADELA.

Importuno.

LEON.

Mi dueño...

ADELA.

Pesado.

LEON.

Mi amor...

ADELA.

¡Qué fastidio!

LEON.

te viene buscando.  
A las dos te dije;  
las dos han sonado,  
y exacto á la cita  
á tus piés me hallo (Se arrodilla)  
Luz de mi esperanza,  
de mi bien santuario,  
flor la mas hermosa  
de los verdes prados;  
tímida paloma,  
bien tan codiciado,  
cual lo es al sediento  
al arroyo manso;  
mi gloria, mi dicha,  
mi gozo, mi encanto,  
mi amor, mi consuelo,  
mi edem, mi regalo,  
oiga un sí tiernísimo  
de tus rojos lábios.  
Sombra de mi dicha,  
de mi mal armario,  
planta, arbusto ó berza  
la peor del campo.  
Buho que entristece,  
mal tan agarrado  
que curar no puede  
ni el doctor mas sábio;  
mi pena, mi susto,  
mi angustia, mi llanto,  
mi ódio, mi duelo,

ADELA.



mi infierno abreviado,  
oye el nó mas seco  
que dijeron lábios.

LEON. *(Levantándose)* Y tú tienes alma?

ADELA. La tienes tú acaso?

LEON. No ves que me muero?

ADELA. No ves que me canso?

LEON. Amame, paloma.

ADELA. Déjame, milano.

LEON. Ya obediente cumplo

tu fiero mandato;

sin mas dilaciones

á Cuba me marchó.

¡La rabia me ahoga!

Ni duros agravios,

ni frios desdenes

á mí me agoviaron

tan solo un momento;

nací yo muy bravo.

Ya Cuba me espera,

y á Cuba me marchó.

Allí, en la pelea

la muerte buscando

con ánsia bravía,

con fiero entusiasmo,

la calma á mis males

tal vez halle al cabo.

ADELA. Por Dios, Leoncito,

no grite V. tanto.

LEON. Ya veo enemigos,

ya de los caballos

escucho el estruendo,

ya bajan al llano,  
ya rápidos vienen.  
¡á ellos muchachos!  
que España nos mira,  
por ella muramos.

(Golpeando con el baston las muebles)

ADELA.

(Huyendo de los golpes)

¡Ay! ¡ay! qué locura.

LEON.

(Continúa dando golpes) Mi heroico brazo...

ADELA.

¡Papá, ¡mamá mia! (gritando)

LEON.

(Siempre dando golpes)

No quiere descanso.

## ESCENA XII.

LOS MISMOS—D.<sup>a</sup> SINFOROSA, á poco D. PATRICIO.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

Qué es esto, Virgen de Atocha!

LEON.

(Cogiende á D.<sup>a</sup> Sinforosa por el cuello)

Ríndete.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

¡Favor! ¡socorro!

D. PATRICIO.

(Saliendo apresuradamente y amparando á D.<sup>a</sup> Sinforosa)  
¿Qué hacía usted con mi mujer?

ADELA.

(Corriendo hácia D. Patricio)

Papá, si se ha vuelto loco.

D. PATRICIO.

Pues Leganés no está lejos.

LEON.

¡Cuánto va á que me incomodo!

D. PATRICIO.

Hombre, no; lo que yo quiero

es que se calme usted un poco,

y me diga francamente

por qué ha sido el alboroto.

LEON.

Por lo de siempre.

D. PATRICIO.

No entiendo.

LEON.

Sabe usted que á su hija adoro,  
que ella tenaz me desprecia,  
y habiendo llegado al colmo  
de la desesperacion,  
en que rabiando me ahogo,  
como le dije, me voy  
á Cuba.

D. PATRICIO.

¿Sí? pues me opongo.

LEON.

¿Oponerse usted?

D. PATRICIO.

Y tanto.

LEON.

Es inútil.

D. PATRICIO.

¿Pobre mozo?

LEON.

Deje usted el paso franco.

D. PATRICIO.

De aquí no sale usted.

LEON.

Pronto

el paso libre, ó si no...

D. PATRICIO.

(Cerrando la puerta y guardándose la llave)

Echo la llave y la escondo,

y veremos, señor mío,

si sale usted.

LEON.

¿Qué bochorno;

encerrarme!

D. PATRICIO.

Si señor.

LEON.

Usted se estima en muy poco,  
provocando así mis iras.

D. PATRICIO.

¡Vaya, no sea usted tonto!

Yo cuando hago una cosa,  
en algo formal me apoyo.

Cálmese usted; con paciencia  
se vencen grandes escollos.

¿Quién le ha dicho á usted que Adela,

no varíe y sea...?

LEON.

¿Cómo,  
es posible?

D. PATRICIO.

Muy posible.

LEON.

¿Y qué hay que hacer?

D. PATRICIO.

Por de pronto,  
no chistar, estarse así...  
como aquel que se hace el bobo,—  
—usted se hallará en su centro—  
mientras arreglo el negocio.

ADELA.

(A D.<sup>a</sup> Sinforosa) Es empeño singular;  
no acepto ese matrimonio.

D. PATRICIO.

(Que al acercarse ha oído estos dos versos, á Adela)

Repara niña rebelde,  
que ese nó grave y redondo,  
nos trae mas calamidades  
que trajo el cólera morbo.  
Repara que debo mucho,  
y que sueldo ya no cobro,  
que ese jóven que te adora  
está feroz como un oso,  
que quiere marcharse á Cuba  
y que su madre en el colmo  
del dolor, me ha dicho: si él  
realiza su intento, mi ódio  
caerá sobre usted tremendo,  
continuado, rencoroso.  
Y tú, hija mia, no sabes  
cuantos medios horribles  
tiene una casera airada,  
si no se le paga pronto  
aquello que se le debe,

- y yo no tengo ni un óbolo.
- ADELA. Bueno, tendremos paciencia,  
y cuando regrese el otro...
- D. PATRICIO. Con qué no cedés?
- ADELA. ¡Papá...!
- D. PATRICIO. ¡Maldición sobre nosotros!  
Es decir, desahucio, embargo,  
costas, escribano y todo.
- LEON. *(Acercándose con interés)*  
¿Ha arreglado usted...?  
El viage:  
márchese usted, no me opongo. *(Abre la puerta)*
- LEON. Esto es burlarse de mí:  
me dijo usted hace poco  
que Adela...
- D. PATRICIO. Pues justo, Adela  
dice que nones.
- LEON. ¡Oh! mónstruo!
- D. PATRICIO. Pero en cambio yo me voy  
con usted.
- LEON. Vaya un engorro.
- D. PATRICIO. Desprecia tu amor y el mio. *(Llorando)*
- LEON. De veras?
- D. PATRICIO. *(Llorando)* No ves mis ojos?  
Llora tú.
- LEON. Sí, lloraré.
- D. PATRICIO Y LEON *(Llorando)* ¡Infelices de nosotros!
- D.<sup>a</sup> SINFOROSA. *(A Adela)* No te apiadas?
- ADELA. ¡Madre mía,  
si yo quiero tanto al otro!
- D. PATRICIO Y LEON *(Con ademán ridículo)*  
A Dios, para siempre, á Dios!

LEON.

¡Te perdono!

D. PATRICIO.

¡Te perdono!

(Cogidos del brazo van á salir y son detenidos por Doña Gumsinda)

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS.—D.<sup>a</sup> GUMERSINDA.

D.<sup>a</sup> GUMERSINDA

Qué es esto?

D. PATRICIO.

Nada señora,

que tomamos el portante.

D.<sup>a</sup> GUMERSINDA.

¿Se lo lleva usted, tunante?

D. PATRICIO.

Así la suerte traidora

lo ha querido en este instante.

Bien sabe Dios el trabajo

que he empleado y el corage

por evitar el viage,

mas todo se vino abajo

y hay que hacer el equipaje

Ella quiere á un militar,

y en su tremendo egoismo

me hace rodar al abismo,

vaya usted á contrarrestar,

si puede, al militarismo.

(Dirigiéndose á Adela)

A Dios, otra vez.

ADELA.

Papá.

D. PATRICIO.

Tú de reducirme tratas

mañosa, mas si no acatas

mi mandato.....

ADELA.

Cedo ya.

D. PATRICIO.

(A Leon) Acércate, papanatas,  
ahí tienes á tu muger.

LEON.

(A Adela) ¡Oh mi adela angelical!

ADELA.

(A D. Patricio y Sinforosa)

Pues señor, esto es formal,  
¡ay! la víctima vengo á ser  
yo de «La Internacional.»

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

(A Patricio) ¿Aun seguirás en tus trece?

D. PATRICIO.

Espera.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

Vana porfia.

D. PATRICIO.

(A D.<sup>a</sup> Gumersinda) Esta casa será mia  
si usted cumple lo que ofrece.

D.<sup>a</sup> GUMERSINDA.

Sí señor.

D.<sup>a</sup> SINFOROSA.

¡Ay! qué alegría!

D. PATRICIO.

Señores, soy propietario,  
como habrán podido oír,  
é inútil será decir  
que esto un cambio extraordinario  
en mí debe producir;  
pero por mí solo, nada  
me atreveré á realizar,  
¿no es cierto que si variar  
me conviene, una palmada  
me lo debe aconsejar?

FIN.







